

plo, la vista de un mar sin límites es mas agradable que la de una grande laguna, es porque la mayor extension aumenta el placer, causando una impresion nueva.

Es, á la verdad, hermoso y plácido este grande espectáculo; pero la uniformidad continuada de su planicie, de su color, y de su constante sosiego, llega luego á enfadarnos. Para dar variedad y movimiento á esta pintura, se le añadirán nuevos accidentes que la hagan sublime mas y mas. Si la tempestad personificada vuela en alas del aquilon envuelto en negros nublados, y precipitandose desde el Austro lleva arrolladas por delante las líquidas montañas del oceano; ¿quien duda que la sucesion rapida y variada de los formidables aspectos que presenta el trastorno de las aguas, no cause impresiones nuevas en nuestra imaginacion? Y si, para aumentar el horror de la tempestad, se añade la obscuridad de la noche, y las montañas de agua, cuya cumbre cierra al horizonte, se iluminan de repente con la repetida reverberacion de los relámpagos; este mar tenebroso, trocado en un instante en otro mar de fuego, formará por esta variedad, unida á la novedad y grandeza, una de las pinturas mas propias para asombrar nuestra imaginacion.

En el género descriptivo es gran primor del arte no presentar á la vista sino obgetos en movimiento, hiriendo muchos sentidos á un tiempo si es posible. Por exemplo: el bramido de las

olas, el silvido de los vientos, y el estallido de los truenos, han de aumentar en nuestro ánimo un secreto terror, al mismo tiempo que nos llena de una curiosa admiracion y deleyte la vista del mar embravecido.

ARTÍCULO II.

DEL ESTILO ORATORIO,

Considerado en sus tres géneros.

TRES embajadores enviaron los Atenienses á Roma para alcanzar remision de la pena de 500 talentos que se les impuso por haber destruido la ciudad de Oropo, que era de la jurisdiccion romana. Cada uno de ellos oró de por sí en el Senado clara y copiosamente. Y como todos tres eran filósofos de sectas y doctrinas diferentes, mostraron á los romanos tres maneras de perorar, de que hasta entonces no habian tenido noticia, y las texieron con vário estilo, á exemplo de Homero que atribuye á Ulises oracion copiosa, á Meneláo corta, y á Nestor mediana. Imitaron tambien en esto á tres provincias de Grecia, porque los Asiáticos eran abundantes y pomposos, los Aticos recogidos y sosegados, y los

Rhodos guardaban un cierto medio, asemejándose antes á Eschínes que á Demóstenes, ó á Hierocles, y á Monocles, quienes, á dicho de Ciceron, fueron dos hermanos, principes de los oradores asiáticos.

De los tres sobredichos embaxadores, el primero que peroró fué Carnéades, académico, y usó de oracion copiosa con magestad y grandeza: el segundo, Diógenes, estoyco, el qual habló con palabras sencillas, aunque con sabiduría agraciada y sutil; y el tercero, que era Cratilaó, peripatético, usó de estilo mediano, aprovechándose de los otros dos con moderacion. A todos tres respondió de repente el Senador Celio, el qual con su pronta agudeza de ingenio los imitó de tal suerte, que no menos admirados quedaron los tres filósofos que todos los senadores.

Dionisio de Halicarnaso divide en tres clases los caracteres generales del estilo, con los nombres de *austero*, *florido*, y *medio*. Distingue al primero por su energía y robustez, en que tiene poca parte la suavidad y el ornato, y pone por modelo á Tucídides entre los prosistas: al segundo, por su ornato, fluidez, y dulzura, en que campea mas el número y la gracia que la energía, señalando por exemplo á Isócrates entre los oradores: y al tercero, como que participa de los otros dos, y de sus virtudes.

Ciceron y Quintiliano dividen tambien el estilo en tres géneros segun sus diversas calidades

y son el *sencillo*, el *grave*, y el *medio*. Los mas de los retóricos han adoptado despues este sistema, dándole diferentes interpretaciones é ilustraciones á cada una de las tres clases. Llaman al *sencillo* ténue ó sutil; al *grave* vehemente y levantado; y al *medio* templado.

Clasificadas retóricamente estas diferencias de decir, se señala comunmente al género *ténue* para el estilo epistolar, para los libros de entretenimiento y donayre, y para los asuntos doctrinales donde, aunque se traten cosas sutiles y agudas, para mayor claridad é inteligencia de lo que se disputa y enseña se tratan con palabras comunes y ordinarias, claras y significativas. El segundo género, que es el *grave* ó vehemente, se ha de tratar con lenguaje levantado, ilustre, y artificiosamente adornado. Si para el primero bastan la gramática y la dialéctica, para este es necesaria la eloqüencia. Este estilo resplandece en los panegíricos, harengas, y razonamientos sérios, y en las composiciones heroycas. El tercer género está entre el ténue y grave; y asi se llama *templado*, porque guarda un medio entre los dos, sin caer en lo humilde, ni subir á lo sublime.

El que escribe ó habla, ha de advertir la naturaleza de las cosas para acomodarse á ella, y considerar que en una misma composicion ó discurso será necesario usar de los tres estilos segun se ofreciere. Asi pues, llamaremos hombre elo-

quiente al que sabe decir las cosas pequeñas con sencillez, las grandes con vehemencia y magnificencia, y las medianas con cierta templanza.

§. I.

ESTILO SENCILLO.

Este género, cuyo caracter principal consiste en la claridad, precision, y sencillez, conviene con mas propiedad á la narracion, y á las pruebas del discurso oratorio: porque es un estilo que, desechando toda afectacion y compostura, reprobua generalmente los adornos, y solo admite los simples y naturales. Cierta sencillez en los pensamientos, cierta naturalidad y pureza en el lenguaje, que mas se dexa gustar que conocer, forman su hermosura, modesta y suave, que saca su mayor realce de su misma negligencia y poco aliño.

La sencillez ha sido siempre prenda de ánimos generosos; porque obra en ellos mas la naturaleza que el arte, y se muestra mas el hombre que el escritor. No por esto se ha de entender por estilo sencillo una frase incorrecta, grosera, y demasiado humilde, indigna del decoro de la eloquencia, que se acomoda muchas veces con lo llano, pero jamas con lo plebeyo.

El estilo sencillo, aunque perfecto en su género y acompañado de cierta gracia natural, puede ser mas acomodado para enseñar, probar, y aun deleytar, que eficaz para imprimir afectos grandes de admiracion, ó terror, que constituyen la vehemencia y calor de la eloquencia. Una hermosura sencilla y natural tendrá su gracia particular, mas nunca poder para arrebatat los ánimos.

El estilo que por su igualdad dexa tranquilo al orador, nunca podrá conmovet y encender el corazon de los oyentes; porque, como la persuasion camina derechamente al entendimiento, y la mocion al ánimo, no todos los que se dexan persuadir se dexan conmovet. A los primeros se ponen las verdades para que las conozcan, sacando de los principios las conclusiones; y á los segundos, para que las abracen, sirviendose á este fin del movimiento de los afectos. Las de la primera especie podrán necesitar de pruebas largas y dificiles; mas las de la segunda rara vez las necesitan; y aun entonces han de ser fáciles y breves: porque se nos probará muy bien por principios que una cosa es verdadera; pero, para que la amemos, es necesario hacernos sentir que es digna de ser amada.

No es otro el motivo porque casi siempre nos agrada lo sencillo, sino porque es mas conforme á nuestra naturaleza. Sin embargo es el estilo mas dificil de acertar, porque está precisamente

entre lo noble y lo baxo, y tan cerca de lo último que pide gran tino para no rozarse con él. En la sencillez se cifra bellamente la brevedad, y á esta sienta bien lo grave. Los comentarios de Cesar merecen mucho aprecio por su simple, pura, é ilustre brevedad. A este gran General debieran imitar todos los príncipes y capitanes deseosos de escribir, ó mandar de palabra; porque de él sacarian no solo exemplos de valor y de grandes hazañas, más tambien doctrina de bien hablar, y aquella sabiduria que, asi como es fundamento de todas las cosas, lo es tambien de la eloqüencia, como dice Ciceron.

El habla y el razonamiento del varon político, que aconseja y manda á la república, no ha de ser aguda, peregrina, galana, ni florída para vana ostentacion; sino simple, grave, y prudente, para persuadir con el peso y verdad de las razones. Oygase la gravedad y sencillez de este trozo de narracion, en que un autor habla de la guerra del último triumvirato, de esta manera: *Lépido queda solo en Roma: Antonio sale con Octavio al encuentro de Bruto y Casio; y los halla en aquellos pasages donde se peleó tres veces por el imperio del mundo. Bruto y Casio se dan la muerte con una precipitacion que no es perdonable; y este pasage de su vida no se puede leer sin compadecer á la república que dexaron asi desamparada.*

Leemos en otro autor político moral este otro exemplo de sencillo, claro, y conciso modo de

narrar, en que se mezcla lo fácil con lo sentencioso: *Entendiendo Tolomeo la venida de M. Caton, desesperado de hallar en él clemencia, se dió la muerte con un tósigo. Sabido por Caton, dióse prisa; y llegado á Chypre, hizo la venganza por avaricia lo que no pudo hacer por ira. Y vendidas en pública almoneda las riquezas y halajas del rey, llevó á Roma el precio cobrado.* ; Quán grave y afectuoso al mismo tiempo es este trozo de narracion lleno de una noble sencillez que hace mas interesante el asunto; excitando una compasiva meditacion en qualquier ánimo no vulgar! El que asi escribe, es un autor nuestro del siglo XVI. poco leído á mi parecer. *Pueblos huvo tambien que por no sufrir servidumbre dieron fin á sus dias antes que rendirse á la clemencia del vencedor. Los Xáncios, desesperados de poder defender su libertad, se mataron los unos á los otros: lo qual, visto por Bruto, dió un gran suspiro, habiendo compasion de la infelice suerte de los que pelean por la patria; y estuvo un gran rato sin hablar palabra, resolviendo quizá en su ánimo la instable condicion de las cosas humanas; ó considerando quan poco venturosos son los que ofrecen sus vidas por la comun libertad.*

En la pintura que hace el Maestro Oliva de la vida campestre se leen todas las gracias de la pura y simple narracion, como se manifiesta en este exemplo: *Los que labran los campos, no son esclavos de los que moramos en las Ciudades, sino*

nuestros padres, pues nos mantienen. Con sus ejercicios no sienten el frio, y del calor se recrean en las sombras de los árboles. Desde allí oyen el canto no enseñado de las avecillas, y ellos tañen sus flautas, ó dicen sus cantares, sueltos de cuidados y de ganas de valer, mas atormentadores de la vida humana que los frios y calores. Allí comen su pan que con sus manos sembraron, dichosos con su estado, pues no hay pobreza ni mala fortuna para el que se contenta; y así viven en sus soledades, sin hacer ofensa á nadie, y sin recibirla, donde alcanzan no mas conocimiento de las cosas que el que es menester para gozarlas.

En esta composicion la diction es simple y elegante: los sentimientos afectuosos y suaves; las palabras saben al campo y á la rustiquez de la aldea, pero no sin gracia, porque se templan su rusticidad con la pureza de las voces propias al estilo.

Hay tambien otra especie de estilo sencillo cuya naturalidad saca su vigor y belleza de la ternura de los afectos. Los blandos y amorosos sentimientos se expresan mejor llana y desnudamente que compuestos y vestidos de conceptos y ornamentos: porque el candor y la pureza suplen la falta de la elocucion espléndida. Y no es pequeño trabaxo tratar bien estos afectos sin valerse de los colores y figuras de la oracion, y de la hermosura y fuerza de los epítetos; porque, sin mucho cuidado, corre peligro el que escribe des-

nudo de la exórnacion retórica de abatirse al estilo inculto y humilde. Oygamos al afligido Priamo echado á los pies de Achíles despues de liaber este quitado la vida á su hijo, que le habla de esta manera: *Acuerdate, Achíles, de tu padre que tiene la misma edad que yo, y ambos gemimos con la carga de los años. Ay! tal vez le acometen los vecinos enemigos, sin tener á su lado quien pueda defenderle. Pero si ha oido decir que vives, su corazon se llenará de esperanza y gozo, aguardando el momento de volver á ver á su hijo. ¡Qué diferencia de su suerte a la mia! Yo tenia mis hijos, y los he perdido todos....Cincuenta contaba en mi casa quando llegaron los griegos: y el único que me restaba, hoy acaba de fenecer por tu mano al pie de los muros de Troya. Vuélveme su cuerpo, recibe mis dones, respeta á los dioses, y lastímate de mi....mira á lo que estoy reducido.... No ha habido monarca mas humillado, ni hombre mas digno de compasion. Aqui estoy á tus plantas, y te beso las manos teñidas de la sangre de mi hijo.*

En este discurso no se descubren ni pompa de figuras, ni ostentacion de sentencias, ni afectacion de sentimientos; solo aparecen la verdad, la naturalidad, y la ternura que cada uno sería capaz de hallar como el mismo Homero. En otra parte nos pinta la sagrada Escritura un príncipe en la hora de morir: *He dicho: en medio de mis dias voy á morir, y he buscado el*

resto de mis años. He dicho: no veré mas á mi pueblo; y mis ojos, cansados de volverse hácia el cielo, se han cerrado.

En el estilo sencillo la elevacion y magestad están siempre en el asunto, porque la grandeza del pensamiento dispensa del artificio de una relevante expresion. De aqui proviene que el caracter que predomina en el estilo de los libros sagrados es la sencillez: calidad conveniente á la magestad é importancia de los objetos. Y si, á pesar de esta sencillez de la Escritura, hay pasages hermosos y brillantes: es evidente que esta hermosura y brillantéz no nacen de una locucion estudiada, sino de la naturaleza de las cosas que alli se tratan.

¿Qué magestad y simplicidad al mismo tiempo no encierra el primer pasage del Génesis. *Al principio crió dios el cielo y la tierra!* ¿Qué escritor, habiendo de narrar cosas tan grandes, hubiera comenzado como Moyses? ¿No se conoce que es el mismo Dios quien nos instruye de una maravilla que no le admira, porque es aun muy inferior á su poder? Un historiador comun hubiera hecho el último esfuerzo para corresponder con la pompa de la expresion á la grandeza de la materia; mas la eterna sabiduria lo refiere sin conmoverse.

Al contrario: los profetas que se proponen el fin de hacernos admirar las maravillas de la creacion, hablan de esta grande obra en estilo muy

diferente. Luego dirémos que son las distintas circunstancias que determinan el intento del orador ó escritor, las que deben decidir el estilo que se puede adoptar para tratar un mismo asunto.

Al estilo sencillo pertenece tambien el familiar; y el saber templar la sequedad y seriedad de un asunto con la franqueza y donayre de este estilo, sin faltar al decoro, no es pequeño mérito en un escritor. En este arte fué feliz y discretísimo nuestro inmortal Miguel de Cervantes, y antes de él el Bachiller de Cibdad-Real en su Centon Epistolar, y ultimamente en el reynado de Carlos II. D. Antonio de Solis en su Cartas familiares.

§. II.

ESTILO SUBLIME.

EL género *sublime* es un estilo elevado, lleno de grandeza, de vehemencia, de calor, y de energía, y el que forma la verdadera eloquencia, aquella que domina los ánimos, que arranca las lágrimas, que roba la admiracion y los aplausos. Una oracion puede ser elegante, florida, copiosa, y espléndida; y no por esto será eloquente, porque le falta el espíritu y vigor. Tampoco hemos de tomar por sublime la elo-

qüencia de algunos, tan furiosa, horrible y turbulenta, que mas parece bacanal espíritu que aliento de un ánimo generoso y templado.

No consiste el estilo sublime en una dición cargada de epítetos ociosos, de frases pomposas, y de palabras altisonantes: esto sería confundir la hinchazon con la grandeza, las galas con la riqueza, y las flores con el fruto. Si por estilo sublime se entiende, como quieren algunos, el adornado y florido; entonces todo el mérito estará en la dición, y no en las ideas. Corriendo se vendian antiguamente las rosas, porque galas tan cadúcas no permitian asiento. Y si corriendo se vendian; con mas razon los escritores que las compran, podrian correrse de vergüenza. Los oradores graves, no venden ni compran, sino que desprecian, las flores, que mas sirven al afeyte que a la verdad, y aun las que sirven al adorno, se las dexan caer, para sacar á luz á su tiempo el fruto de la doctrina.

No es preciso que en toda una composicion ó discurso domine absolutamente lo sublime, para que tome este nombre y caracter. Basta que el orador mezcle con tal discrecion los tres géneros en los asuntos que corresponden á cada uno, que el sublime reluzca sobre los demas, y nazca del obgeto principal de la oracion; y asi, hablando con rigor, no hay tal estilo sublime, aunque hay sentencias y conceptos que llevan este nombre. Estos consisten en

un modo de pensar elevado, grande, y valiente, hijo de un ánimo noble, arrogante, y generoso. Esta sublimidad es ordinariamente hija de la magnanimidad, ó de la fortaleza. Por esto leemos en los razonamientos y dichos de los príncipes y capitanes de la antigüedad un lenguaje verdaderamente heroyco.

Habiendo Eucrátés avisado á Sylá que su vida, tan odiosa á innumerables familias romanas, peligraba despues de haber renunciado la dictadura, le respondió el arrogante Sylá: *Queda aun mi nombre, y éste basta á mi seguridad, y á la del pueblo romano. Este nombre contiene todos los atentados, yela todos los brazos, y aterra la ambicion. Sylá respira aun, rodeado de los trofeos de Chéronéo, Orcháméno, y Signion: cada ciudadano de Roma me tendrá continuamente ante sus ojos: hasta en sus sueños se le aparecerá mi imagen bañada en sangre, y leerá su nombre en la tabla de los proscritos.*

Valeroso habia sido M. Antonio antes de estar inficionado de los regalos de Egipto, con los quales perdió á sí, á Cleopatra, y á Egipto; aunque despues de vencido se retraxo al interior del palacio real, y envió á desafiar á Octavio de persona á persona. Pero este contextó con esta grave respuesta, llena de arrogancia y desprecio: *Decid á Antonio que hartos caminos tiene para ir á la muerte: que yo, aun no tengo aborrecido el vivir, ni estoy quejoso de mi suerte.*

Oyendo Antígono que muchos reyes se habían coligado contra él para destruirle, dixo con altísima insolencia: *Yo los oxearé á todos con una voz y una piedra, como páxaros que comen en un sembrado.* ¡Qué comparacion tan sublime por el contraste que hace de lo mas elevado con lo mas humilde, y por la alta idea que presenta de su valor y poder;—De un capitán vanaglorioso y atrevido, que mostraba sus heridas á los Atenieses, les dixo Timoteo: *Pues yo, siendo vuestro capitán contra los Sámos, tuve vergüenza de que cayese el tiro cerca de mí, quanto mas alabarme de haber sido herido.* ¡Qué desprecio de los enemigos, qué pundonor militar, y que burla del herido, no encierra esta corta oración!

Scipion, padre de Cornelia, muger de Pompeyo, despues de la derrota de Farsalia y muerte del yerno, huyendo con la flota del rey Juba, fue cercado por la armada cesariana. Viendo que su nave estaba entrada y perdida, asentado en la popa se dió una herida mortal; y subiendo uno de los contrarios, le preguntó por el capitán, el qual respondió: *Soy yo, y estoy bueno:* creyendo que le era harta gloria verse libre de pedir misericordia al clemente vencedor.

De gran magnanimidad y nobleza fué aquella respuesta de Alexandro á los embaxadores que en nombre de Darío le rendían gracias por

haberse habido con tanta clemencia, castidad, y humanidad con su muger é hijas que tenía cautivas, el qual habló así: *Decid á Darío, que la libertad y clemencia que he usado, no la atribuya á su amistad, sino á mi naturaleza; que yo no hágo guerra á mugeres, sino á hombres armados.*

Disputandose un dia en presencia de Filopémenes la materia del valor y fortaleza, algunos alababan á uno de buen soldado, y juntamente de excelente capitán, á los quales dixo: *Yo no sé como alabais de esforzado á un hombre que se ha dexado llevar vivo á poder del enemigo.*

Parece que la esencia de lo sublime, como hemos visto hasta aqui no consiste en decir cosas pequeñas con frases remontadas y floridas, sino cosas grandes con una expresion enérgica y natural: porque lo grande, lo terrible, lo estupendo, debe estar en el asunto, y las circunstancias y accidentes con que se acompaña la buena eleccion y el cúmulo de ellas, ocupan fuertemente el ánimo, y forman toda la fuerza de la expresion. Hegesípo, haciendo un razonamiento al pueblo, en que incitaba los atenienses á la guerra contra Filipo de Macedonia, como uno de los que estaban en el congreso exclamase: *Mueves guerra!* respondió: *Si por Dios; y aun luto, y muertes, y entierros públicos, y epitafios, si queremos ser libres.* En

estas palabras quiso significar que la libertad es bien comprada á qualquier precio. Para encarecer la importancia del asunto, no se contenta con hacer necesaria la resistencia hasta morir, sino con pintar la muerte segura en muchos, con todos los accidentes y efectos melancólicos que hieren á los ojos y al oído; pero sin mezclar cosa ninguna baxa, pequeña, ni afectada, que pueda enervar la fuerza del pensamiento.

Otras veces la brevedad de la expresion da mas sublimidad al espíritu de los conceptos, por quanto aumenta nuestra admiracion lo repentino y no esperado, y nos dexa mucho que discurrir. Mironides que guerreaba contra los de Beócia, intimó á los atenienses que saliesen al campo contra ellos. Pero como ya fuese hora, y los capitanes dixesen que aun no estaban juntos para dar batalla, dixoles: *Aquí están los que han de pelear*; y con los que estaban listos venció á los enemigos. ¡Qué modo tan noble y sentido de reprehender y despreciar á los omisos y negligentes, y tan eficaz de honrar y animar á los que estaban á su vista!—Preguntando uno al rey Agesiláo ¿hasta donde se extendían los términos de Lacedemonia? dixo blandiendo la lanza: *Hasta donde llegare la punta de esta*.—Preguntandole á Isocrates un orador en un razonamiento ¿quién eres tú, que tanto te ensoberbeces? caballero, peon ó escu-

dero? No le dixo mas sino: *Ninguno de estos soy, mas sí el que sabe mandar á todos*. Oygamos á Asdrubal quien, enviado á Roma para estipular la paz entre las dos repúblicas, y preguntado en el senado ¿por quáles dioses, despues de haber quebrantado Cartágo tantos juramentos, se podria jurar este nuevo tratado? Responde: *Por estos mismos dioses que se vengán tan severamente de los perjuros*. ¡Qué confesion tan expresiva y magnánima de las derrotas y arrepentimiento de los cartagineses!

Si queremos estrechar mas los límites de la brevedad para cifrar en el golpe solo de una palabra todo el efecto repentino del sublime, basta traer aqui dos dichos que deben hacernos tanta mas impresion, quanto se apartan mas del caracter de nuestros tiempos. A un Lacedemonio le preguntó un persa ¿que sabía hacer? *ser libre*, le dixo. A Poro, rey de la India, vencido y preso por Alexandro, le preguntó el vencedor, teniendole á su presencia ¿cómo quieres ser tratado? *como rey*, respondió impávido.

Tampoco lo festivo está reñido con lo sublime, quando la agudeza del dicho nace de la serenidad de un ánimo grande que desprecia con la risa los peligros. Las palabras suenan como chanza; mas la fuerza del espíritu no está en ellas, sino en la ocasion muy seria en que se dicen. A uno que le decia á Leonides,